

FERRO
CARRILES.

Servicio de Trenes.
De Palma á Manacor y La Puebla
3:15 m.—2:25 t. y 4 t.
De Manacor á Palma y La Puebla.
3:55 m.—7:55 y 8:15 t.
De La Puebla á Palma
4:35 m.—3:20 y 5:40 t.
De La Puebla á Manacor
8:20 m.—2:45 y 5:40 t.

VAPORES
CORREOS.

Salidas.—Dom. 8 m. Ibiza y Alican-
te.—Lunes 4 t. Mahon.—Martes 5 t. Bar-
celona.—Mier. 5 t. Mahon por Alcedia.
—Juev. 5 t. Valencia.—Dom. 8 m. Barce-
lona por Alcedia.

Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—
—9 m. Mahon por Alcedia.—Mier. 3 t.
Ibiza y Alicante.—Jueves 9 m. Mahon
—10 m. Barcelona por Alcedia.—Sabado
7 t. Barcelona.

LA OPINION.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion,
Y EN LA IMPRENTA DE B. ROTGER,
Palacio, 2 y 4.

Redaccion y Administracion: Plaza de Santa Eulalia, 1 principal.

Despacho, de 8 á 11 de la mañana.

PRECIO DE SUSCRICION.

1 PESETA AL MES.

Suplicamos encarecidamente á nuestros suscritores forenses, tengan la bondad de ponerse al corriente de sus atrasos con esta Administracion lo cual pueden efectuar en la imprenta de D. Bartolomé Rotger—Palacio—4—con lo cual nos evitarán los perjuicios que se causan á nuestra contabilidad.

UNA EVOLUCION

HACIA LA DEMOCRACIA MONÁRQUICA.

Hablando de los progresistas democráticos, ahora va á hacer un año, dijimos en el número de «El Globo» correspondiente al día 26 de Octubre de 1880.

«Cuando las circunstancias surjan, cuando las necesidades se impongan entonces se verá como el antiguo partido progresista, á despecho de todos sus jefes, si se queda en la democracia histórica se quedará en la democracia conservadora; y «Dios quiera que no se vaya mas atrás.» porque aun no sabemos lo que hará, ni lo sabe él mismo, si las circunstancias políticas variasen, si el partido conservador cayese y si llegasen tranquilamente al poder otros partidos mas liberales.»

Sin ser profetas hemos profetizado, cosa por otra parte no muy ardua, tratándose de progresistas.

Aquí están para demostrarlo, las declaraciones hechas por el señor Montero Rios en el banquete con que, seis días há, fué obsequiado por sus correligionarios y amigos de la Provincia de Pontevedra:

«Entre las diferentes fuerzas porque se halla solicitada la democracia española debo decir que no estoy al lado de los que sueñan con una evolucion quimérica, imaginaria; ni tampoco con aquellos que quieren someter á su impaciente voluntad personal las voluntades de todos los españoles. Ni puedo estar conforme con la paciente y cándida aspiracion de los primeros, nuevos israelitas de la democracia, que habrán de permanecer en el desierto de sus bellas ilusiones por los siglos de los siglos sin alcanzar jamás la tierra prometida; ni puedo tampoco aceptar el criterio de los segundos, por mas que reconozca la buena fé en que se inspira su generosa impaciencia, hija sin duda alguna de su ciego y apasionado amor á la libertad y á la democracia. He dicho que procedo del partido progresista, y continuo rindiendo culto ferviente á aquel principio capital de mi antigua bandera: «La soberanía de la nacion. La determinacion de la forma de gobierno; la organizacion de los poderes públicos corresponde á la voluntad nacional libremente manifestada. El día que la nacion española se pronuncie contra ciertas y determinadas instituciones, considero como un deber sagrado contribuir por todos los medios posibles, incluso los mas enérgicos, si otros no fueran suficientes, á la ejecucion de la voluntad soberana.»

«En vano que la opinion pública no pronuncia este fallo, los recursos de fuerza con un crimen. Pero los demócratas debemos dedicar toda nuestra actividad, todos nuestros esfuerzos á ilustrar la opinion, á propagar nuestros principios, á conseguir que el país ó la mayoría de los españoles los acepten, y entonces tendremos el legítimo derecho de exigir su inmediata aplicacion. Entre tanto debemos apoyar leal y sinceramente

cuantas soluciones liberales se nos propongan, vengan de donde vinieren, y pedir con insistencia todas aquellas que nos permitan las circunstancias de actualidad. El amor á la libertad, sobre todo, y nunca la funesta política del pesimismo.»

Conviene que vayamos por partes.

Empezaremos advirtiendo que el señor Montero Rios, hombre eminente por mas de un concepto, no ha dado en su discurso grandes muestras de filósofo y estadista, y antes bien, incurrido en graves errores prácticos y en sustanciales é inconcebibles contradicciones.

No está al lado, afirma, de los que sueñan con una evolucion quimérica, imaginaria; no está conforme con las pacientes y cándidas aspiraciones de los nuevos israelitas de la democracia, destinados á peregrinar en el desierto por siglos de siglos sin alcanzar jamás la tierra de promision; pero en el párrafo siguiente se declara en un todo partidario de sus procedimientos y doctrina, y hasta se manifiesta resuelto á emprender, aunque en opuesto rumbo, un parecido exodo.

¿A qué, pues, contestar del ataque, ó repetir que esas peregrinaciones no llegan nunca á los cuarenta años, ó recordar que el sistema es de eficacia probada, segun pudo verse por los resultados que la paciencia de 1872 produjo en Febrero de 1873? Ni estos ni ningun otro argumento vienen al caso, dado que en la presente ocasion el señor Montero ha querido sin duda ponernos por delante, para que resaltase con fuerza menor la tremenda censura enderezada contra el señor Ruiz Zorrilla.

En efecto, contra el señor Ruiz Zorrilla va derecho aquello de la «impaciente voluntad personal que aspira á someter las voluntades de todos los españoles.»

Pero procedamos con orden y sin alterar la serie del discurso.

El señor Montero Rios continua rindiendo culto á la «soberanía nacional» lo cual, en puridad, equivale á no tener religion positiva. Con la soberanía nacional y por la soberanía nacional, que ya á la sazón es inmanente, se hicieron la Constitucion de 1837, la de 1845 y la revolucion de 1854. Decir hoy que la determinacion de la forma de gobierno, y la organizacion de los poderes públicos corresponden á la voluntad, libremente manifestada, del pueblo; reservarse para el día en que la nacion se pronuncie en favor ó en contra de determinadas instituciones, y aplazar para entonces el consejo, la intervencion ó la ayuda, equivale á no decir ni hacer nada, y constituye como una segunda edicion de la célebre fórmula adoptada en sus postrimerias por el invicto general Esparteo.

Los hombres públicos, los estadistas, los filósofos, los diputados por acumulacion, y hasta los meros representantes de distrito están obligados á ejercitar el derecho de proposicion, á aconsejar, guiar é ilustrar al pueblo. Ellos proponen, recomiendan ó discuten; éste medita, compara y escoge.

Nunca se ha dado ni se dará el caso de que un país se levante por si solo una mañana, y exclame con voz reposada ó iracunda; «tal institucion rechazo y tal otra requiero; es llegada la hora; venid á mi los que participéis de mis ansias, hacedos allá, ¡oh! vosotros, los que nada valeis á mi servicio.»

Sucedió, sucede y sucederá siempre lo contrario.

Los tribunos, los escritores, los propagandistas han de preparar el terreno, han de mostrar lo que son y por qué lo son, y

ante todo, han de mantener en plena luz y durante mayor ó menor número de años, sus ideas, hasta que llegada la ocasion propicia, el pueblo, sin esfuerzo, sin violencia y sin asomo de vacilacion ni de duda, se vaya con aquellos que le parezcan mas útiles y leales servidores.

Nada de esto importa al señor Montero Rios, el cual prefiere esparar envuelto entre los pliegues incoloros de la soberanía nacional, á que surjan las circunstancias y la opinion se pronuncie.

Entrando, él y los suyos, considerarán como un crimen las impacencias personales y los recursos de fuerza. Y hé aquí la evolucion, mas atrás motejada de imaginaria, quimérica é inútil, y arrojada ahora á la cabeza del señor Ruiz Zorrilla.

Entretanto él y los suyos, que antes tomaban por punto de partida la Constitucion de 1869, apoyarán leal y sinceramente cuantas soluciones liberales se propongan, vengan de donde vinieren, concretándose á pedir con insistencia todas aquellas á que se presten las circunstancias. Y hé ahí nuestra culpable, nuestra interesada, nuestra tan discutida benevolencia, arrojada tambien á la cabeza del propio señor Ruiz Zorrilla.

Para llegar á este punto, señor Montero Rios, no habia necesidad de zaherirnos y motejarnos.

A bien que poco nos importa, y que semejante incongruencia no debe causarnos estrañeza alguna, como tampoco nos la causa la nueva y esperada evolucion de los radicales progresistas.

Frente á frente de los que se van á formar la democracia dinástica, acaba de levantarse agitando la bandera de la democracia monárquica, el ilustre canonista gallego.

Es natural. De allá venian él y los suyos; allá se vuelven despues de un estéril ensayo de republicanismo, despues de haberlos calificado de reaccionarios, á nosotros los republicanos de siempre.

La Constitucion de 1869 les ha servido, en efecto, de punto de partida, si no para recorrer con fruto la nueva senda, al menos para desandar lo andado.

Ya lo ven los republicanos de buena fé, pero incautos; á eso van á parar los alardes y los empujes del histórico radicalismo.

Nosotros nos congratulamos de ello, que al fin y al cabo no hay desengaño perdido ni experiencia que deje de producir sus frutos. A Dios gracias, vamos quedando en paz los consecuentes de toda la vida, y por las trazas, no está lejano el día en que se disuelva y confunda ese aquelarro radical, que desde hace mas de un año giraba en torno de nosotros mareándonos con sus incesantes clamores é improperios.

(El Globo.)

LA OPINION.

FERIAS Y FIESTAS.

V.

La renuncia del señor Ojeda del cargo de Gobernador de esta provincia fué el primer golpe que recibió el proyecto de ferias.

La continuada serie de sucesos originados por el cambio político de Febrero último, fueron sin duda los motivos que acabaron por apagar por completo el primitivo entusiasmo. El sucesor del señor Ojeda en el mando de esta provincia, ni podia

participar del interés que este demostró en favor de aquella idea, ni la necesidad de ocuparse en el conocimiento de esta localidad y en preparar las elecciones habia de permitirle dedicar á aquel asunto la atencion necesaria.

Así debió de suceder, cuando es notorio que desde aquella fecha los trabajos se suspendieron casi por completo, ó á lo menos la Junta no dió señales de vida. Deplorar fué esta circunstancia, y aun si se quiere, digna de censura; mas no es de estrañar dadas las condiciones y carácter de este país por demás conocidas.

Por otra parte, se componia la Junta de las personas eminentes de todos los partidos políticos, que por primera vez quizá daba en esta capital el espectáculo de trabajar mancomunadamente en favor de una idea olvidando sus diferencias. El cambio de situacion política despertó en muchos de ellos aspiraciones dormidas durante la situacion pasada; estas aspiraciones crearon recelos y hasta antagonismo; y para colmo, el interés de las elecciones vino á absorber la atencion general. Los políticos disputáronse la influencia y hasta la supremacia en las regiones del poder, cada partido presentó sus candidatos y todos lanzáronse en busca de votos, olvidándose por largo tiempo de todo lo que no fuera política y elecciones. Puede decirse que no se pensó en las ferias hasta que la publicacion electoral, hizo ver la rara coincidencia de las elecciones con el periodo señalado para aquella festividad.

Esta circunstancia originó un nuevo conflicto, porque por muchos se creyó que ferias y elecciones eran asuntos antitéticos, que se repelían y que las ultimas habian de absorber las primeras; y todos sin embargo convenian en las dificultades de variar la época señalada para aquellas. Pasóse no obstante por estas dificultades y la ferias se dejaron para el mes de Setiembre con poco descontento de parte de algunos.

El conflicto empero quedó en pie. Las elecciones eran el 21 de Agosto y suponiendo que los trabajos preparatorios de las mismas habian de entorpecer los de las ferias, el periodo de veinte días que debia mediar entre unas y otras no era suficiente para disponer todo lo necesario para las ultimas. Así sucedió en efecto, con mas la circunstancia de los graves incidentes de la cuestion electoral, que dejaron descontentos á la generalidad y que crearon un estado de cosas por demás tirante entre elementos que solo trabajando de una manera decidida y unánime podian haber dado un resultado satisfactorio.

Las elecciones, pues, hirieron de muerte las ferias, no tan solo por las razones antedichas que principalmente obraron en esta localidad, sino tambien porque en los pueblos de la provincia las personas influyentes vieron acasadas en favor de determinados candidatos y obligadas á emplear el tiempo y su influencia en este asunto, sin acordarse del de la feria en la capital que solo de una manera menos directa les interesaba.

¡Que mucho, si hasta los periódicos de Palma apenas hacian alguna que otra ligera indicacion sobre la proyectada festividad, y llenaban por completo sus columnas de candidaturas, manifiestos, escitaciones, recomendaciones, lamentos y quejas electorales!

Convengamos, pues, que si bien no era de esperar que las primeras ferias y fiestas en Palma fueran una solemnidad notable, contribuyeron poderosamente á malograr el proyecto los sucesos políticos ocurridos en este año. Consignar esta cir-

